

El ascensor

Salvador Enríquez

Teatro breve

PERSONAJES

(Por orden de intervención.)

ASCENSORISTA

COMPRADOR PRIMERO

COMPRADOR SEGUNDO

COMPRADOR TERCERO

UNA MUJER

UN JOVEN

UNA JOVEN

EL EJECUTIVO

TRABAJADOR

DIRECTOR

ACTO ÚNICO

En la parte central de la escena se sitúa un ascensor (más imaginario que practicable.) montado a base de elementos transparentes. A los lados, hasta completar el escenario, solamente hay una cámara blanca que cubre el fondo, algunas estanterías con objetos y un maniquí con un traje de caballero. Para cuando el ascensor, imaginariamente, suba o baje será preciso un efecto especial de motor y poleas. Al alzarse el telón, el ASCENSORISTA, con su

uniforme, está en su puesto de trabajo; COMPRADOR PRIMERO, COMPRADOR SEGUNDO y COMPRADOR TERCERO también están en el ascensor con paquetes en las manos. Los demás personajes del reparto se sitúan a los lados del escenario, como esperando al ascensor.

La escena está iluminada. Una escalerilla debe unir la escena con el patio de butacas para que algunos actores salgan al final de la función.

ASCENSORISTA.- Estamos bajando. Planta segunda... **(Pausa.)** Planta primera... señores... el establecimiento está a punto de cerrar, son las ocho de la tarde; por favor, salgan rápido... **(Pausa.)** Planta baja...

(Hay un apagón de luz. Todo queda a oscuras y se oyen gritos de sorpresa, también de miedo.)

COMPRADOR PRIMERO.- ¿Qué ha sido eso?

COMPRADOR SEGUNDO.- Parece un apagón.

COMPRADOR TERCERO.- ¡Eso está claro!

COMPRADOR PRIMERO.- Yo diría que oscuro.

COMPRADOR SEGUNDO.- ¡No hagan chistes, por favor! No es el momento.

ASCENSORISTA.- Tengan calma, señores. La luz vendrá muy pronto. No hay que preocuparse.

UNA MUJER.- (Con voz asustada.) ¿Y qué digo yo en casa si llego tarde?

UN JOVEN.- ¡Qué va a decir! ¡Pues que hubo un apagón! ¡No va a contar que estuvo con el amante! ¿No?

UNA JOVEN.- (Riendo.) ¡Eso, eso! ¡Y le tiran de los pelos!

EL EJECUTIVO.- Por favor, tengan calma, señores; saldremos, muy pronto saldremos... ¡espero!, de lo contrario perderé el vuelo a Alemania.

TRABAJADOR.- ¡Vaya hombre! Como no llevo horas aquí trabajando, encima me encierran, ¡la madre...!

DIRECTOR.- ¡Haya calma! ¡Haya calma! Esta compañía, señores clientes, se responsabiliza de todo. No tengan cuidado.

(Lentamente va volviendo la luz a escena, aunque menos intensa que al principio. Algunos aplauden con alegría. En escena solamente está el ASCENSORISTA, los demás personajes han salido durante el oscuro.)

ASCENSORISTA.- (Mira a todos sitios con gesto de asombro.) ¿Qué habrá sido esto? ¡Es raro...! Aquí la instalación de la luz es buena..., (Dudando.) aunque quizá haya durado un momento a mí me ha parecido un siglo. Hay veces en que el tiempo pasa... de una forma rara, yo juraría que ha transcurrido... ¡infinitud de tiempo! y..., no es posible. (Mira a los lados.) Aunque también juraría que en este ascensor había gente, es la hora de salir y siempre quedan los rezagados, los de las últimas compras; (Muy seguro.) sí, ¡naturalmente! En este ascensor había, por lo menos, tres personas y habíamos llegado a la planta baja... ¡estoy seguro! Es más: el director salió intentando calmar a la gente, les decía que la compañía se responsabilizaba de todo, que tuvieran calma... (Sale del ascensor y va hacia el proscenio.) Bueno, habré tenido un mareo sin importancia; posiblemente de tantas horas subiendo y bajando... pierde uno la noción del tiempo y del espacio. Es posible que todos estén ya en la calle... ¡y anda que se han preocupado de mí! (Mira al público como viendo en esa «cuarta pared» la puerta de entrada a los almacenes. Empuja y tira intentando abrir la imaginaria puerta.) Ya han cerrado, aquí parece que no hay nadie (Se empieza a poner nervioso.) ¡y me han dejado encerrado! Estas luces... sí, claro, son las nocturnas, y... ¡las puertas de seguridad ya están cerradas! Maldita sea... (Vuelve al proscenio y hace como que zarandea la puerta.) ¡Nada! Esto no lo mueve ni una grúa... (Mira hacia arriba.) y los ventanales... si alguien me viera... pero no, seguro que no me ve nadie, (Con desilusión y desesperanza.) todo son escaparates, todo está cerrado, ¡todo está blindado... y a mí no me oye nadie! (Pausa. Se sienta en el suelo.) Aquí tendré que estar hasta mañana... (Muy nervioso.) No me gusta esto; no, no me gusta. Pasar la noche aquí... y sin poder comer nada... ¡como no me coma una mesa estilo inglés o un traje de corte italiano...! (Pensativo.) Es muy triste sentirse solo... en este lugar tan inmenso... y más triste es que todos, todos los que había aquí, se olvidaran por completo de mí. (Contundente, queriendo convencerse.) Porque sí, aquí, en el ascensor, había al menos tres personas, y otras por ahí que gritaron durante el apagón...

(Irónico.) ¡Y el director que se responsabilizaba de todo! Pero a la hora de la verdad... ¡todos salieron pitando! cada uno a resolver su problema y... ¡el que venga detrás que arree! **(Se levanta lentamente y entra en el ascensor.)** Bueno, **(Con gesto de conformidad mal disimulada.)** pues nos distraeremos subiendo y bajando, ¿no? **(Pausa.)** ¡No! ¡no! ¡no! Eso ¡no! Bastantes horas paso al día en este maldito cajón de acero y cristales como para estar toda la noche ya subo, ya bajo. Estas horas, a fin de cuentas, aunque esté en mi puesto de trabajo, me pertenecen, son mías y las puedo dedicar a hacer lo que me dé la gana: pasear, hablar, pensar...

(Lejos, se oye la voz de UNA JOVEN.)

UNA JOVEN.- (Fuera.) ¿Pero es que no hay aquí nadie?

ASCENSORISTA.- (Sintiendo un golpe de esperanza.)
¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Estoy yo, soy el ascensorista!

UNA JOVEN.- (Fuera, como si no lo hubiera oído.) Me siento muy sola... no quiero tanta soledad.

ASCENSORISTA.- (Dándose ánimos.) ¡No está sola, señorita; estoy yo aquí, en el ascensor! ¿Dónde está usted?

(Por un lateral entra UNA JOVEN y va directamente al proscenio; hace como empujar y tirar de las imaginarias puertas.)

UNA JOVEN.- ¡No hay salida!

ASCENSORISTA.- (No ve a UNA JOVEN, pero la oye.)
Sí, sí hay salidas... lo que pasa es que están cerradas, pero... ¡mañana se abren!

UNA JOVEN.- ¡Mañana, mañana! Es la eterna cantinela... ¡mañana! Pero ese mañana no llega nunca... ¡y la salida la quiero aquí y ahora!

ASCENSORISTA.- (Ve a UNA JOVEN y se acerca a ella.)
Señorita, oiga, por favor... ¡cálmese! Tenga paciencia.

UNA JOVEN.- (Extrañada.) ¿Dice que tenga paciencia?

ASCENSORISTA.- (Algo temeroso.) Sí, eso he dicho.
(Pausa.) ¿Fue alguna inconveniencia? ¿La molesté en algo?

UNA JOVEN.- ¡Que me calme! Que me calme ahora, en plena juventud; ¿y qué haré cuando tenga su edad?

ASCENSORISTA.- ¿La edad de quién?

UNA JOVEN.- ¡La suya, la de usted!

ASCENSORISTA.- (Con gesto de cómica coquetería.)
Tampoco diga eso... no soy tan mayor, señorita.

UNA JOVEN.- (Con mirada de desprecio.) ¡Otro! Como todos: se tropiezan con una mujer y ¡hala, a coquetear! ¡A inflarse como un pavo!

ASCENSORISTA.- Perdona, pero... yo sólo quería poner una gotas de humor en nuestra situación; ya que tendremos que pasar aquí la noche...

UNA JOVEN.- (Muy resuelta.) Mire usted: ¡yo paso las noches con quien me da la gana, no con el primero que se acerca!

ASCENSORISTA.- (Confuso.) Escúcheme, por favor; sólo un momento. Creo que aquí hay un malentendido. Usted está, lo mismo que yo, encerrada en estos almacenes... hubo un corte de fluido eléctrico, ¿recuerda? El ascensor, (Muy explicativo.) yo soy el ascensorista, se paró y... tardamos un tiempo en salir; cuando volvió la luz... ¡todos se habían marchado! Nadie reparó en nosotros; se cerraron las puertas exteriores, como de costumbre, a una hora fija y... ya sabe lo que es la seguridad: escaparates y ventanales blindados... o sea: que hasta que mañana abran, pues..., ¡aquí que nos tenemos que quedar!

UNA JOVEN.- ¿Qué dice usted? ¿Que usted es el ascensorista? (Tratando de calmarse.) No, usted no es el ascensorista... el señor que había en el ascensor era mucho más joven que usted.

ASCENSORISTA.- Bueno, han debido pasar, quizá, algunas horas desde que entré aquí, pero... ¡no han sido años, como para envejecerme!

UNA JOVEN.- No, no era un hombre tan mayor, (Observándole con detenimiento.) era mucho más joven... aunque bien mirado, sí que se le parece.

ASCENSORISTA.- Yo..., es que debí sufrir un mareo y cuando me recuperé estaba solo; quizá el susto, (**Explicativo.**) porque me asusté un poco, ¿sabe?, pues me he demacrado algo, pero yo soy el ascensorista, sí; (**Señalando el ascensor.**) el de ahí, el que se pasa el día subiendo y bajando... ¡y así llevo muchos años!

UNA JOVEN.- ¿Cómo lo soporta?

ASCENSORISTA.- ¿El subir y bajar?

UNA JOVEN.- Sí, eso; el estar ahí todo el día, ¡todos los días!

ASCENSORISTA.- ¡Y qué le voy a hacer! ¡Hay que conformarse con lo que hay!

UNA JOVEN.- ¡Ya! Por eso me decía a mí que tuviera paciencia. (**Mirando a todos lados.**) Pero yo no puedo tener paciencia, yo no me quiero conformar con esto y nada más. ¿No se da cuenta de que el tiempo no pasa, sino que vuela y nos hacemos viejos en unas horas?

ASCENSORISTA.- (**Con gesto de resignación.**) Como yo, ¿no?

UNA JOVEN.- Quizá, (**Resuelta.**) por eso hay que pedir para hoy lo de mañana, por eso hay que exigir..., ¡hay que hacer algo..., lo que sea! Hay que aprovechar el tiempo.

ASCENSORISTA.- Y entonces..., ¿por qué perdía el tiempo viniendo aquí? ¡A este lugar que es el no va más del consumismo!

(Por el lateral opuesto al que ocupan ASCENSORISTA y UNA JOVEN, entra UN JOVEN. Se queda en el lateral, mirando al público.)

UN JOVEN.- Porque salimos a buscar esperanza, pero..., ¡no la encontramos!

ASCENSORISTA.- (**A UNA JOVEN.**) Está bien eso de exigir, pero... yo creo que se contradice con el consumo desbordado, ¿no?

UN JOVEN.- (Al público.) Queremos esperanza; no es mucho pedir... y la queremos para vivir, lo mismo que otros vienen aquí a por un mueble o una tela..., ¡para vivir!

ASCENSORISTA.- La esperanza es más importante que un mueble.

UNA JOVEN.- (Al ASCENSORISTA.) ¿Quién le dice que yo vengo aquí a consumir? Vengo porque...

UN JOVEN.- (Al público.) Porque esto es un mundo... y queremos estar en el mundo, pero no como simples observadores, como vulgares mirones.

UNA JOVEN.- (Que parece haber oído a UN JOVEN.) Se ha oído hablar a alguien, ¿no?

ASCENSORISTA.- Pues... no sé, a lo mejor hay más gente con nosotros.

(UNA JOVEN se acerca al lateral donde está UN JOVEN, mientras que el ASCENSORISTA observa.)

UNA JOVEN.- (A UN JOVEN.) ¿Qué haces tú aquí?

UN JOVEN.- (A UNA JOVEN.) ¡Hola! ¿Tú también?

UNA JOVEN.- ¿Me conoces?

UN JOVEN.- Pues... me parece que te he visto en alguna ocasión. Ya sabes..., somos muchos los que venimos por aquí, pero las caras al final se hacen conocidas.

UNA JOVEN.- (Insistiendo.) Pero..., ¿qué haces ahora aquí?

UN JOVEN.- (Con gesto de ignorancia.) No lo sé; te lo juro. Muchas veces me he preguntado por qué y para qué estoy en este lugar y... no me he sabido contestar. Está uno porque está, porque vino, y ¡nada más! Posiblemente he pasado muchas horas buscando esperanza, pero... ¡no la encontré!

UNA JOVEN.- (Explicativa.) Ese es un producto que no venden las multinacionales, convéncete.

UN JOVEN.- Y tú... ¿qué haces?

UNA JOVEN.- (Con desaliento.) Esperar, nada más y nada menos que esperar, ¿te parece poco?

UN JOVEN.- Poco y mucho. Esperar puede serlo todo. Cada día esperamos algo, nos creamos la necesidad de tener una esperanza, y cuando llega la noche...

UNA JOVEN.- ¡Se cierran las puertas!

ASCENSORISTA.- (Que ha oído la última frase, se acerca a ellos.) Sí, se cierran las puertas, pero..., ¡mañana se vuelven a abrir!

UN JOVEN.- Y, ¿para qué? ¿Para volver a cerrarse?

ASCENSORISTA.- (Sin saber qué contestar.) Sí, claro; las vuelven a cerrar, eso ocurre todos los días.

UNA JOVEN.- ¡Ya las podrían dejar abiertas!

ASCENSORISTA.- (Intentando razonar.) Pero eso sería peligroso, las puertas se han hecho para cerrarlas... ¡No se pueden dejar todo el día de par en par! Todo a merced del primero que pase...

UNA JOVEN.- ¡Pues ya va siendo hora de romper las llaves, los cerrojos y los candados! Si no hubiera llaves, ni puertas, ahora no estaríamos en esta situación.

ASCENSORISTA.- (Pensativo.) Sí, es posible; no estaríamos encerrados, pero a lo peor los almacenes ni existirían ya. Con las puertas cerradas los de dentro no podemos salir, pero... los de fuera no pueden entrar y a lo mejor eso es una ventaja. Nunca se sabe lo que puede haber por esas calles a estas horas de la noche.

UN JOVEN.- (Casi gritando.) ¡Por qué no iban a existir estos almacenes! ¿Por qué tanto miedo a la calle? Este mundo (Señalando todos los lugares de la escena.) podría existir sin esas malditas puertas que nos separan de los demás.

UNA JOVEN.- Ellos nunca lo entenderán.

ASCENSORISTA.- Desde luego, quien no lo entendería, ¡de eso estoy seguro!, es el director que, según cuentan, cierra hasta los cajones de su mesa... Con decirle que por poner candados hasta le tiene puesto uno a su teléfono... ¡con eso se lo digo todo! (Resuelto.) Pero vengan, vengan; (Hace gestos para que se acerquen al ascensor.) aquí, en el ascensor, posiblemente estemos más cómodos; por la noche puede refrescar... como ya no hay calefacción... Vamos a intentar pasarlo lo mejor posible, ¿no?

(UN JOVEN y UNA JOVEN le siguen hasta la entrada del ascensor.)

UN JOVEN.- Sí, amigo; eso es lo que tenemos que hacer todos: intentar, por lo menos intentar, pasarlo lo mejor posible.

ASCENSORISTA.- Lo que pasa es que es muy difícil, ya sabe lo del valle de lágrimas.

UNA JOVEN.- ¡Eso es un camelo! Los malos ratos, que son muchos, vienen solos y los buenos hay que buscarlos. No estoy de acuerdo en que esto tenga que ser un valle lacrimógeno... aquí hemos venido para pasarlo bien, lo que pasa es que entre unos y otros nos ocupamos de ponerlo difícil. Por eso, a este mundo hay que ponerlo patas arriba y hacerlo de nuevo. ¡Hay que buscarse los buenos ratos... son cuatro días!

ASCENSORISTA.- (Intentando contemporizar.) No crea, señorita, yo también los he buscado, pero..., ¡pocos encontré! (Triste.) ¿Ustedes creen que se puede encontrar algo con un horizonte tan limitado como el mío? ¡Durante ocho horas diarias no tengo más perspectiva que los cinco o seis metros cuadrados del ascensor!

UNA JOVEN.- (A UN JOVEN.) Es el ascensorista, ¿sabes?

UN JOVEN.- ¡Ya!, (Señalando el ascensor.) y ahí pasa su vida, ¿no?

ASCENSORISTA.- Sí, hijo; ahí, sin más horizonte que los paquetes de la gente, la espalda o el aliento de los que suben y bajan... (Con un gesto de tristeza.) ¡Y así son las cosas!

UN JOVEN.- ¡Pues habrá que cambiarlas!

UNA JOVEN.- ¡Sí, habrás que cambiarlas!

ASCENSORISTA.- ¿Cómo se puede hacer? (Resignado.) Eso no es tan fácil, eso no es posible.

UNA JOVEN.- Todo es cuestión de proponérselo, lo que no se propone uno no lo consigue... ¡eso, seguro!

UN JOVEN.- (Animándole y dando un golpecito en la espalda al ASCENSORISTA.) ¡Naturalmente que sí, hombre! ¿Usted no ha sentido nunca un tremendo deseo de conseguir algo y...?

ASCENSORISTA.- Sí, pero no ha pasado de ahí, de ser un deseo. (**Con picardía.**) Yo digo como usted comentaba antes: que queremos esperanza pero que no la encontramos. No me negará que lo dijo, ¿no? ¡Y es que no la hay! ¡No existe!

UN JOVEN.- Sí, lo dije; y lo sentía al decirlo, pero también es cierto que hay que saber aprovechar las oportunidades, ¡y esta noche puede ser una! Esta noche puede existir la esperanza.

ASCENSORISTA.- (**Escéptico.**) No sé qué puede tener de oportunidad un encierro como este. (**Despectivo.**) ¡Encontrar la esperanza! ¡Qué oportunidad!

UN JOVEN.- (**Alegre.**) ¡La de ser, por una noche, dueño y señor de todo esto! A que alguna vez lo soñó, ¿eh?

ASCENSORISTA.- (**Sintiendo que han descubierto sus más íntimos deseos.**) Hombre... sí, es posible..., tantas horas sin hablar con nadie, solamente diciendo: «planta octava, sube; planta séptima, baja; salida...» Sí, haciendo solamente eso y dando a los botoncitos de sube y baja..., da mucho tiempo para pensar.

UN JOVEN.- ¡Pues esta noche, gracias al apagón, usted va a ser feliz!

UNA JOVEN.- (**Pensativa.**) Puede ser malo.

UN JOVEN.- ¿Por qué?

UNA JOVEN.- Ser feliz sólo unas horas..., luego viene el amanecer, de nuevo el ascensor, (**Como pronunciando una letanía.**) «sube, planta séptima; bajada, salida...» ¡Puede ser peligroso!

UN JOVEN.- (**Aparte, a UNA JOVEN.**) Te comprendo y, además, nosotros también queremos ser felices, pero aún tenemos la juventud; él, (**Por el ASCENSORISTA.**) ya no la tiene.

UNA JOVEN.- ¿Y qué vas a hacer?

UN JOVEN.- ¡Vamos a hacer! Porque tú también vas a participar... ¡Vamos a romper los moldes, destrozando los esquemas!

ASCENSORISTA.- (**A UN JOVEN y UNA JOVEN.**) ¿De qué hablan?

UN JOVEN.- De usted.

ASCENSORISTA.- ¿Tan importante soy?

UNA JOVEN.- ¡Lo va a ser!

UN JOVEN.- Sí, vamos a jugar a poner el mundo patas arriba... (**Mira a los estantes.**) Aquí tenemos de todo...

ASCENSORISTA.- ¡Menos comida!

(UN JOVEN va a los estantes y busca; del maniquí toma un traje; de un estante, un sombrero de caballero; y también una caja de puros y un bastón.)

UN JOVEN.- ¿Tanto le preocupa comer?

ASCENSORISTA.- (Un poco avergonzado por su comentario.) ¡Hombre! Yo... también lo digo por ustedes; van a ser tantas horas...

UNA JOVEN.- El estómago protesta un rato..., luego se le olvida.

ASCENSORISTA.- (Sonríe.) Igual que le ocurre a la gente, ¿no?

UNA JOVEN.- Sí, como algunas gentes, que protestan durante un par de horas y luego todo se les pasa; los convencen con cualquier cosa, con un simple golpecito en la espalda.

ASCENSORISTA.- Tiene razón, hay veces en que con una sonrisa nos quieren conformar... ¡Ahora te sonrío y luego te doy dos palos! (**Transición. Mirando a donde está UN JOVEN.**) ¿Qué hace ese chico?

UNA JOVEN.- (Sonriendo.) Preparando un juego, preparando nuestra diversión para esta noche, nuestro juego de los despropósitos.

ASCENSORISTA.- ¿Qué van a hacer?

UNA JOVEN.- Hoy vamos a soñar, vamos a intentar ser felices, vamos a poner en marcha la máquina de lo imposible.

ASCENSORISTA.- A mí esos juegos me dan miedo, no se sabe cómo pueden terminar.

UNA JOVEN.- Eso es lo malo, que sentimos pánico de intentar hacer lo imposible y así no conseguimos nada.

ASCENSORISTA.- Es que yo creo (**Temeroso.**) que cada uno tiene su lugar, su puesto... ¡y eso no es nada fácil de cambiar! Quizá sea mejor dejar las cosas como están, ¿no cree?

UNA JOVEN.- ¿Ahora dice que no? Parecía muy entusiasmado antes.

ASCENSORISTA.- Es que no sé exactamente lo que pretenden.

UN JOVEN.- (**Vuelve con el traje, el bastón, el sombrero y la caja de puros.**) ¡Ya está! ¡Vamos a empezar la gran comedia!

ASCENSORISTA.- (**Se echa para atrás como asustado.**) No, no cojan esas cosas, son artículos de los almacenes, no es nuestro... Mañana podemos tener problemas, creerán que hemos intentado robar.

UN JOVEN.- ¡No sea estúpido! No habrá problemas.

UNA JOVEN.- (**Aparte.**) Mañana todo volverá a ser igual..., aunque intentemos cambiarlo.

UN JOVEN.- (**Insistiendo.**) Si no nos decidimos, nunca lo conseguiremos; usted siempre soñó con ser el director de estos almacenes, ¿no?

ASCENSORISTA.- (**Tímido.**) En alguna ocasión.

UN JOVEN.- ¡Pues lo va a ser! Sea sincero, diga que sí, diga que lo está deseando; ¡plante la verdad sobre la mesa y déjese de temores!

ASCENSORISTA.- (**Casi convencido.**) Y... ¿qué debo hacer?

UN JOVEN.- Actuar como lo haría el director, nada más y nada menos.

ASCENSORISTA.- Pues..., no sé qué hacer.

UNA JOVEN.- Recuerde: hace poco el director gritaba que nadie se preocupara, que la compañía se responsabilizaba de todo..., ¿no?

ASCENSORISTA.- Así es.

UNA JOVEN.- Pues actúe en consecuencia, llame a todos los encerrados, hable con ellos... deles ánimos; prométales, en fin, que saldremos de aquí.

ASCENSORISTA.- ¿Pero es que hay más gente aquí? ¿No estamos solos, entonces?

UN JOVEN.- (Sonriendo.) No; aunque lo parezca, aunque lo creamos, no estamos solos... siempre hay alguien cerca de nosotros.

ASCENSORISTA.- Yo me he sentido tan solo que...

(Fuera se oye murmullo de gente.)

¿Qué es eso? ¡Son voces!

UN JOVEN.- Ya dije que no estamos tan solos. ¡Vamos, rápido! Póngase esto, (Le da el bastón, el traje y le pone el sombrero.) y encienda uno de esos puros.

ASCENSORISTA.- (Confuso.) No sé si debo...

UNA JOVEN.- Deprisa, deprisa... que se acercan.

(El ASCENSORISTA sale de la escena para ponerse el traje. Entre tanto, por el lateral opuesto a su salida, entran EL EJECUTIVO y TRABAJADOR.)

EL EJECUTIVO.- (Al TRABAJADOR.) Venga, venga por aquí, parece que hay más gente.

TRABAJADOR.- A mí la gente me trae sin cuidado, yo lo que quiero es salir de este lugar.

EL EJECUTIVO.- Ya, ya lo sé; pero aquí debe andar el director y... nos resolverá el problema. (Viendo a UN JOVEN y a UNA JOVEN.) ¿Ustedes también están encerrados? ¿No se puede salir de aquí?

UN JOVEN.- (Irónico.) Ahora vendrá el director.

EL EJECUTIVO.- ¡Menos mal! ¡Ya decía yo que debía andar por estos pasillos! (Al TRABAJADOR.) ¿No se lo dije?

TRABAJADOR.- Sí, ya; pero, ¿por qué no se ocupó antes de nosotros?

EL EJECUTIVO.- ¡Hombre!, los directores siempre están muy ocupados!

TRABAJADOR.- ¡Sí, tomándose un coñac para animarse!

EL EJECUTIVO.- Usted es que no conoce el mundo de la alta dirección.

TRABAJADOR.- (Con gesto de desprecio.) ¡Bah!

UNA JOVEN.- (A TRABAJADOR.) Usted..., ¿es de estos almacenes?

TRABAJADOR.- (Asustado.) ¿Cómo que si yo soy de estos almacenes? ¿Cree que yo soy un cacharro de esos que están a la venta?

UNA JOVEN.- No quise decir eso, me refería a si es un trabajador de aquí, ¡vamos que si estaba de compras o trabajando cuando se fue la luz!

TRABAJADOR.- ¡Ah! Eso ya es otra cosa. Sí, estaba trabajando, preparando unos escaparates, dándole al martillo y a los clavos..., ¡pero mi hora ya ha terminado... terminó hace mucho tiempo!, y lo que quiero es encontrar una salida, ¡marcharme!

UNA JOVEN.- (Mirando al lateral por donde salió el ASCENSORISTA.) Me parece que ya viene el director.

(Entra el ASCENSORISTA con el traje nuevo puesto, el puro encendido y gesticulando ampulosamente con el bastón.)

EL EJECUTIVO.- Déjeme hablar con él; nos tiene que dar una solución, yo ya he perdido mi vuelo a Alemania, pero me tendrán que indemnizar.

ASCENSORISTA.- ¿Ocurre algo? **(Muy ceremonioso.)** Permítanme que me presente: soy el director de estos almacenes, ¿les puedo atender en algo?

EL EJECUTIVO.- (Nervioso.) ¿Que si nos puede atender? Necesitamos que nos abra esas puertas..., ¡ni más ni menos!

ASCENSORISTA.- No se ponga nervioso, joven.

EL EJECUTIVO.- ¡No me hable en ese tono!

ASCENSORISTA.- (Amenazando con el bastón.) ¿Le diría lo mismo al director de su compañía?

TRABAJADOR.- (Riendo.) ¡Eso, eso; que conteste!

EL EJECUTIVO.- (Confuso.) Pues... no lo sé, depende de la situación.

ASCENSORISTA.- (Dogmático.) Usted, jovencito, no le hablaría así; ante él sería sumiso, correcto en exceso, y hasta servil..., ¿no comprende que por un quítame allá esas pajas... lo puede poner de patitas en la calle?

EL EJECUTIVO.- ¿Usted cree?

ASCENSORISTA.- ¡Naturalmente! Nosotros, los directores, tenemos todo el poder en la mano... el poder que, para entendernos, es su bienestar: su coche, su chalet, su vídeo, sus vacaciones en una playa de moda, sus aperitivos en la barra de un bar elegante, su...

EL EJECUTIVO.- ¡Basta, basta! Me parece de muy mal gusto ese comentario.

TRABAJADOR.- (Frotándose las manos.) Este me parece que nunca ha estado en el paro. No sabe lo que es un despido.

ASCENSORISTA.- (A UN JOVEN y UNA JOVEN.) Ustedes... busquen, por favor, a los demás encerrados, si es que los hay, y que se acerquen por aquí.

(UN JOVEN y UNA JOVEN **inician la salida por un lateral.**)

¿No suben en el ascensor?

UN JOVEN.- No, es más seguro andando. **(Sale.)**

UNA JOVEN.- Así nos podemos recorrer todos los pasillos. **(Sale.)**

ASCENSORISTA.- (Aparte.) El ascensor no le gusta a nadie.

EL EJECUTIVO.- (Derrotado, al TRABAJADOR.) Sí, amigo, sí sé lo que es un despido; por eso... tengo miedo de haber sido imprudente. Entre los directores todos se conocen.

TRABAJADOR.- ¡Pues buenos aires de importancia que se daba hace un momento!

EL EJECUTIVO.- Debe ser la costumbre. Mi trabajo es... ser agresivo, psicológicamente, se entiende; tener gestos de autoridad...

ASCENSORISTA.- (Le interrumpe.) Con los inferiores, se entiende...

EL EJECUTIVO.- Sí, claro. Con los superiores hay que tener mucho tacto, nunca se sabe las reacciones que pueden tener. (Dándose cuenta de que habla con «un director».) Están siempre tan ocupados, tienen tantas preocupaciones...

ASCENSORISTA.- ¡Ya! Quiere ser muy hábil, pero no lo consigue; ya veo que se defiende como un gato panza arriba.

EL EJECUTIVO.- (Triste.) No queda otra solución; es que hay que mantener a toda costa lo que se tiene. Es fácil subir, pero el descender resulta muy amargo.

ASCENSORISTA.- (Con doble intención.) Lo mismo da subir que bajar.

EL EJECUTIVO.- Yo he subido, me lo pusieron fácil; primero me ayudaron para el coche utilitario, luego... para un coche de lujo... me financiaron la construcción de un hotelito... Los del consejo de administración me dijeron que un hombre con responsabilidades, como yo, debía de vivir en un hotelito en el campo. La vida privada de un ejecutivo, me dijeron también, es un poco el espejo de la empresa donde trabaja. Y así me fui metiendo en una dinámica que... me tiene atrapado. Por eso siento miedo... sé que tengo mucho que perder.

ASCENSORISTA.- ¿Qué hacía usted aquí antes del apagón?

EL EJECUTIVO.- Compraba algunas cosas; hace unas horas yo debía salir para Alemania, a unos asuntos de negocios, y... buscaba unas revistas, un par de corbatas, tabaco, unas camisas...

ASCENSORISTA.- Lo de las revistas lo entiendo, pero..., ¿es que no tiene corbatas ni camisas?

EL EJECUTIVO.- ¡Sí que tengo!

ASCENSORISTA.- ¿Entonces...?

TRABAJADOR.- ¡La cosa es consumir!

EL EJECUTIVO.- (Derrotado.) Pues... es posible. A veces buscamos cosas sin necesitarlas, queremos ser felices almacenando miles de cosas que no precisamos ni nos hacen falta.

ASCENSORISTA.- Y..., ¿por qué no actúa como es realmente? ¿No es capaz de tirar por la borda tanta tontería, esa pose tan estúpida, la agresividad de guardarropía, tanta apariencia absurda y... ser feliz?

EL EJECUTIVO.- Uno ya no sabe dónde está ni qué es la felicidad.

TRABAJADOR.- ¡Ya quisiera yo vivir como éste! ¡Viajes a Alemania, un despacho, un hotelito, un coche de lujo...!

ASCENSORISTA.- Yo creo que ser feliz no consiste en tener o no tener, en poseer cosas a montones... sólo porque las tiene nuestro vecino, o carecer de ellas; me parece que teniendo cubiertas las mínimas necesidades, ¡eso sí!, es suficiente. Es preferible carecer de un poco y disponer de uno mismo, ¿no?

EL EJECUTIVO.- ¡Pchs!

TRABAJADOR.- Es que nadie se conforma con lo que tiene. Dicen que aquí todos somos iguales, pero..., ¡hay unos más iguales que otros!

ASCENSORISTA.- Es malo vivir sólo para trabajar y ganar dinero, luego no hay ocasión para gastarlo y... cuando te mueres se quedan los hijos o los sobrinos (**Sonriente.**) con el dinero o con los cacharros que fuiste almacenando sin poder disfrutar de ello. ¿No resulta más interesante ganar algo menos, como digo, pero disponer de tiempo para pensar, charlar, leer...?

TRABAJADOR.- ¡Habla como un cura!

EL EJECUTIVO.- (Al Ascensorista.) ¿Sabe qué le digo? ¡Que usted no parece un director! Habla como si fuera un «currito».

ASCENSORISTA.- ¿Un qué?

EL EJECUTIVO.- Perdón. Llamamos «currito», así, familiarmente, de modo cariñoso, a los que hacen trabajos... que no son de directivo; a los empleados, ¡vamos!

ASCENSORISTA.- ¡A la infantería, a los de a pie! ¿No es eso?

EL EJECUTIVO.- Sí, eso; pero lo decimos de forma... simpática, ya digo: de modo cariñoso, ¿sabe?

ASCENSORISTA.- (A EL EJECUTIVO.) A usted, joven, le va a venir muy bien este encierro, va a tener tiempo para pensar, no crea.

EL EJECUTIVO.- (Transición.) Pero... bueno, ¿por qué no abren esas puertas? Yo tengo que salir de aquí.

ASCENSORISTA.- Ya lo sé; usted quiere salir de aquí... (Por el TRABAJADOR.) ¡Y este señor!, ¡y yo! Todos queremos escapar, todos buscamos una salida, todos temblamos ante el encierro, ante la imposibilidad de llegar al otro lado, al exterior; pero eso no puede ser. Y créanme que lo siento. Igual que nosotros habrá otros por ahí (Señalando hacia arriba.) que también se sienten agobiados por las consecuencias de un simple y vulgar, aunque extraño, apagón de luz. Pero... (Lentamente.) aquí tenemos que estar hasta mañana por la mañana.

EL EJECUTIVO.- (Irritado.) ¡No lo comprendo! ¿Qué razón hay para ello?

ASCENSORISTA.- Porque las puertas no se pueden abrir hasta una hora determinada, ¿comprende? Queremos vivir tan seguros que... cuando nos encerramos ya no podemos, no sabemos, salir.

TRABAJADOR.- Si es así, yo me voy a dar una cabezada; a fin de cuentas me va a dar lo mismo. (Se retira a un lado y se deja caer en el suelo.) Pero..., ¡no me molesten hasta mañana! ¿Eh?

ASCENSORISTA.- Es lo más sensato que puede hacer, ponerse a dormir; así el tiempo pasa más deprisa. Cuando quiera acordarse..., ¡estará en la calle!

EL EJECUTIVO.- Yo no puedo dormir. ¿Usted cree que se puede dormir así, de cualquier manera, tirado en el suelo?

ASCENSORISTA.- (Sonriendo.) ¿Piensa que todo el mundo tiene en su casa colchones de plumas?

EL EJECUTIVO.- No, pero al menos una cama...

ASCENSORISTA.- Algunos no tiene ni eso... ¡Se lo digo yo! Y no tienen ni siquiera la esperanza de una salida, como nosotros tenemos.

EL EJECUTIVO.- (Escéptico.) Y usted, ¿cómo sabe eso? Desde su posición de director de empresa no creo que esté muy informado sobre las carencias de los demás. Quizá habla de oídas y... quien se lo contó mentía.

ASCENSORISTA.- (Observándole detenidamente, mueve la cabeza en sentido negativo.) No, nadie me ha mentado; desgraciadamente es así, como también... desgraciadamente, usted no puede disfrutar hoy de su mullida cama. ¿Ve qué extraño es el mundo? ¿No se da cuenta de que nosotros no podemos planificar excesivamente nuestra vida? A esta hora, si todo hubiera sido normal, ¡el joven y agresivo ejecutivo estaría en Alemania durmiendo en un hotel de lujo! Sin embargo, está encerrado en unos grandes almacenes, rodeado de desconocidos, es... como si hubiéramos puesto el mundo patas arriba.

EL EJECUTIVO.- ¿Lo ve gracioso?

ASCENSORISTA.- ¡Y por qué no! ¡Quién le iba a decir esta mañana que tendría una conversación como ésta con un hombre como yo! ¿No le parece divertido? A mí sí.

EL EJECUTIVO.- Claro, porque está en su casa... Esto es como si fuera su casa, ¿no?

ASCENSORISTA.- (Triste.) Sí, como mi casa, posiblemente habré pasado en este lugar más horas que en mi propia casa; **(Señalando el ascensor.)** en ese ascensor he debido pasar más de media vida.

EL EJECUTIVO.- ¿En el ascensor del público? ¿Siendo director utiliza el ascensor del público?

ASCENSORISTA.- (Riendo.) ¿Por qué no, hombre? **(Transición.)** Mire, hágame caso...

(Fuera se oye un ruido de voces de gente que se acerca.)

Váyase ahí, a un lado, y dé una cabezada. Si duerme unas horas descansará, se sentirá relajado y... mañana podrá volar a Alemania como tenía previsto. Después de todo, ¿qué más da llegar un día antes que un día después?

EL EJECUTIVO.- Viene gente, ¿no?

ASCENSORISTA.- Eso parece, y seguro que traen el mismo problema: ¡querrán salir!

EL EJECUTIVO.- Y tendrá que contarles la misma historia... ¡Yo me la sé de memoria! Será mejor que intente dormir.

(Se va al lateral donde está durmiendo el TRABAJADOR y se deja caer en el suelo junto a él. De nuevo se oyen ruidos y voces fuera.)

UNA JOVEN.- (Fuera.) Está bien, si no quieren bajar no lo hagan, pero no formen escándalo.

ASCENSORISTA.- No saben lo que quieren... unos están locos por salir, otros no quieren bajar... toda su preocupación es que no pueden salir, que tienen que estar aquí cinco o seis horas... ¡yo paso más de ocho diarias y... no me he puesto a gritar nunca! Tienen gana de dramatizar.

(Por un lateral entra UNA MUJER.)

UNA MUJER.- (Gritando.) ¡Ya lo creo que me van a oír! ¿Dónde está el responsable? **(Al ASCENSORISTA.)** ¿Usted es el director?

ASCENSORISTA.- (Sonriendo.) Eso me han dicho.

UNA MUJER.- ¿Cómo que eso le han dicho? ¿Está de broma? ¡Pues yo no lo estoy! ¿Cree que se puede permitir que nos dejen aquí, abandonados, sin poder salir? ¡Yo, pasar la noche fuera de casa! ¡Dios mío!

ASCENSORISTA.- (Llevándose el dedo a la boca.) ¡Chis! ¡No haga tanto ruido que esos dos están durmiendo!

UNA MUJER.- (Asustada.) ¡Y dos hombres durmiendo! ¡Dios mío, cuando se enteren en mi casa!

ASCENSORISTA.- No grite, por favor; ¿qué va a ocurrir en su casa?

UNA MUJER.- ¿Que qué va a ocurrir? ¿Le parece normal que una mujer decente, como yo, pase la noche fuera de casa? y..., ¡donde hay dos hombres durmiendo!

ASCENSORISTA.- No tenga una moral tan estrecha. Lo único malo que puede haber aquí es la imposibilidad de salir... lo demás es normal: si esos dos hombres tienen sueño lo lógico, digo yo, es que duerman, ¿no? (**Cambiando la conversación.**) Por cierto, ¿no bajaba usted con una joven?

UNA MUJER.- No, no ha bajado; está arriba, intentando convencer a los otros para que vengan aquí... También hay un joven.

ASCENSORISTA.- ¿Ve como no está sola? Hay más gente. Es absurdo que los otros no quieran bajar.

UNA MUJER.- ¡Qué más da que estén aquí o que estén arriba! Si no pueden salir...

ASCENSORISTA.- Siempre es mejor estar acompañado..., y sin embargo nos empeñamos en ir cada uno por un lado. Si en lugar de ser pocos...

UNA MUJER.- Son tres los que hay arriba.

ASCENSORISTA.- Por eso digo, que si en lugar de ser pocos, y encima desunidos, fuéramos muchos y de común acuerdo... ¡Hasta seríamos capaces de echar abajo esas puertas que nos obsesionan!

UNA MUJER.- (**Con una mirada de esperanza.**) ¿Y si probamos?

ASCENSORISTA.- No, sería inútil. Hay que esperar hasta que amanezca.

UNA MUJER.- Pues..., ¿sabe que es una faena?

ASCENSORISTA.- Naturalmente, pero..., por su casa no se preocupe; mañana los periódicos contarán lo sucedido y, como darán su nombre, en su casa sabrán la verdad.

UNA MUJER.- (**Tratando de ser sincera.**) Es que... no crea que yo tengo, como ha dicho, una moral estrecha; es que la familia, mi marido...

ASCENSORISTA.- ¿Desconfía?

UNA MUJER.- No, pero es... de los que piensan que él debe vigilar la virtud ajena.

ASCENSORISTA.- Es absurdo, ¿no? ¿Qué es la virtud y quién es nadie para vigilar la de los demás?

UNA MUJER.- Eso creo yo, que es absurdo; pero son tantos años sin que me dejen plena libertad, sin que me dejen pensar por mí misma, que... he llegado a creer que debe ser así.

ASCENSORISTA.- No son los años, ¡son los siglos! Pero, ¿usted lo cree de verdad?

UNA MUJER.- (**Dudando.**) No sé qué decirle.

ASCENSORISTA.- Diga lo que siente, es bueno pensar en voz alta alguna vez.

UNA MUJER.- (**Sigue dudando.**) Es que... no me atrevo, pero... esta noche tengo... siento como una sensación especial, una cosa muy rara. No sé cómo explicarme.

ASCENSORISTA.- ¡Se siente libre!

UNA MUJER.- (**Extrañada.**) ¿Puede ser eso?

ASCENSORISTA.- Nadie mejor que usted para saberlo.

UNA MUJER.- Es que... no sé.

ASCENSORISTA.- (**Comprensivo.**) Es eso, que teme reconocerlo. Usted, como otros muchos, se siente a diario atada por la gente que la rodea... por los convencionalismos familiares, por las costumbres anticuadas y represivas, por un mundo con el que no están de acuerdo pero... que aceptan como mal menor. En cambio esta noche... ¡Todo es diferente! No se siente controlada, ni tiene que poner la mesa, no va a fregar los platos, no tiene que sonreír sin gana, no...

UNA MUJER.- (**Avergonzada.**) No me atrevo a reconocer que sea eso.

ASCENSORISTA.- ¡Ya!, pero es cierto. No lo reconoce, no se atreve..., ¡pero es eso!

UNA MUJER.- Es que... si se enteran de que pienso así...

ASCENSORISTA.- El temor a que se enteren, el miedo a los demás... pero no se preocupe, esto está tan cerrado, está tan blindado, que ni los pensamientos pueden salir.

UNA MUJER.- (**Sincera.**) ¿Sabe lo que ocurre? Que cuando estoy en casa... no sé cómo van a llegar los demás; si lo harán enfadados, si les gustará la cena que he preparado, si querrán escuchar mis comentarios sobre lo que me ha ocurrido durante

el día... si... ¡Yo qué sé! Le explico esto porque me parece una persona seria, tiene cara de hombre muy mayor y de haber conocido muchas cosas.

ASCENSORISTA.- Mayor sí, más de lo que yo creía... **(Triste.)** Parece que fue ayer y... sin embargo han debido pasar años, ¡muchos años, desde que estoy aquí!

UNA MUJER.- (Extrañada.) ¿Encerrado? No puede ser, el apagón fue hace sólo unas horas.

ASCENSORISTA.- (Encogiéndose de hombros.) Yo diría que encerrado... aunque el apagón, parece ser, ocurrió hace unas horas. Ya he perdido la noción del tiempo. **(Pensativo.)** Hay cosas que uno considera que sucedieron hace un rato y... no es así; **(Aparte.)** yo llegué aquí, a este ascensor, cuando aún no tenía úlcera de estómago; cuando la cintura no me dolía, aunque estuviera veinte horas en pie; cuando mis manos no tenían artrosis... Sí, yo creía que fue ayer y... han debido pasar años. Estúpido de mí, soy el más encerrado y pretendo...

UNA MUJER.- (Observándole.) ¿Qué dice? **(Aparte.)** Este hombre es muy raro, pero parece buena persona. **(Mira al público, a las imaginarias puertas de «la cuarta pared».)** Si yo pudiera abrir... **(Hace como empujar.)** pero no es posible. De cualquier forma me siento más libre aquí que ahí fuera. **(Se queda frente al público.)**

ASCENSORISTA.- (Aparte.) Pretendo liberar a los demás. Sí, **(Mirándose el traje.)** con este juego estamos poniendo el mundo patas arriba, pero el espejo nos devuelve una imagen triste. Estamos entrando, inconscientemente, en nuestro propio cerebro y... eso produce amargura, conocerse bien llega a quitar la sonrisa, puede hacer que perdamos el sueño. Todo esto es muy triste porque la mañana se va acercando. Cuando salgan las primeras luces, este traje tendrá que volver al maniquí, el sombrero al estante, el bastón a su sitio, alguien notará que falta un puro en la caja... ¡y yo volveré al ascensor! Así hasta que dentro de muy poco... cuando menos lo espere, el director, el verdadero director, me regale un reloj... ¡o una bandeja con baño de plata! Diciendo: «la compañía le agradece los servicios prestados»; y otro ocupará mi lugar mientras que yo, envejecido, sintiéndome acabado, me iré a tomar el sol a un parque... a dejar que las horas pasen inútilmente, que transcurran los días, los meses... ¡hasta el final! **(Se quita el sombrero.)** Hay que ir despojándose de estas cosas, hay que ir abandonando todas estas ilusiones...

(Por un lateral entran COMPRADOR PRIMERO,
COMPRADOR SEGUNDO y COMPRADOR TERCERO.)

COMPRADOR PRIMERO.- Bueno, ya estamos aquí; ¡y ahora qué!

COMPRADOR SEGUNDO.- Eso digo yo.

COMPRADOR TERCERO.- No sé para qué insisten tanto esos dos jóvenes en que bajáramos... (**Explicativo.**) ¡Que bajen, que bajen, que abajo hay más gente!

ASCENSORISTA.- Para nada, la verdad. Hemos pasado aquí unas horas y... no hemos sido capaces de ponernos de acuerdo ni para matar el aburrimiento.

COMPRADOR PRIMERO.- (Al ASCENSORISTA.) ¡Eh, oiga! Usted es el dueño de estos, ¿no?

ASCENSORISTA.- (**Intentado sonreír.**) Sí, el director... me llaman.

COMPRADOR SEGUNDO.- Pues ya nos está resolviendo el problema, ¡pero ya!

COMPRADOR TERCERO.- ¡Eso, eso!

ASCENSORISTA.- (**Aparte.**) Todos quieren que los demás les resuelvan sus problemas. (A COMPRADOR PRIMERO.) ¿Están de acuerdo los tres en organizar un escándalo?

COMPRADOR PRIMERO.- ¡Hombre! Tanto como un escándalo no, pero...

COMPRADOR SEGUNDO.- Pero queremos que nos indemnicen por daños y perjuicios.

COMPRADOR TERCERO.- ¡Naturalmente! Por daños y perjuicios.

ASCENSORISTA.- Yo comprendo que no les apetezca estar pasando una noche aquí, pero de ahí a sentirse dañados y perjudicados..., ¡hay una distancia!

COMPRADOR PRIMERO.- La misma que hay entre cobrar unos miles de pesetas y no cobrarlos.

ASCENSORISTA.- (**Señalando el escenario.**) ¿No les compensa esto?

COMPRADOR SEGUNDO.- ¿El qué?

UNA MUJER.- (Desde donde quedó, mirando al público.)

El haberse sentido libres, pese al encierro; el haber podido hablar con desconocidos, el no haberse sentido presos de la rutina de todas las noches...

COMPRADOR PRIMERO.- ¿Quién es esa mujer?

ASCENSORISTA.- Una persona que ha sentido la libertad entre estas paredes, a pesar de esas puertas; ha soltado el pensamiento, ha sido sincera con alguien a quien no conocía, y ahora se siente mejor.

COMPRADOR SEGUNDO.- A nosotros esas filosofías nos traen sin cuidado... ¡Queremos que se repare el daño!

ASCENSORISTA.- Bueno, pues en principio cojan lo que necesiten (Señalando los estantes.) de por ahí, puede ser una forma de indemnizar por parte de la compañía.

COMPRADOR TERCERO.- ¿Lo que necesitemos o..., lo que nos guste?

ASCENSORISTA.- He dicho lo que necesiten.

COMPRADOR SEGUNDO.- Es que necesitar, lo que se dice necesitar, no necesitamos nada.

ASCENSORISTA.- Entonces, ¿qué hacían aquí? ¿A qué habían venido a los almacenes?

COMPRADOR TERCERO.- Realmente a nada; yo a mirar..., es que me aburro y por aquí lo paso muy bien.

COMPRADOR SEGUNDO.- Yo... a comprar cosas. Acostumbro a venir, por lo menos, una vez a la semana y compro cosas.

UNA MUJER.- ¿Qué cosas?

COMPRADOR PRIMERO.- ¿Por qué se mete esa mujer en lo que no le importa?

ASCENSORISTA.- Ella está ahí, esperando que salgan las luces del alba, esperando que se abran las puertas, para... volver a su mundo, a su rutina, a su vida. Pregunta porque quiere saber... quiere comunicarse, intenta conocer a los demás. Viene por aquí en busca de lo que necesita, eso es todo.

COMPRADOR SEGUNDO.- Pues yo compro lo que veo (**Dudando.**) así... que me gusta; pero no porque lo necesite. Eso de comprar por necesidad es una vulgaridad. (**Explicativo.**) Mire: yo vengo, me recorro todas las plantas, y si veo una camisa que me gusta ¡pues la compro! O una caja de galletas, o un mueblecito, o un cepillo para la ropa... ¡Lo que sea!

COMPRADOR TERCERO.- ¡Claro! Las cosas están para comprarlas, ¿no?

ASCENSORISTA.- (**Con desgana.**) Sí, hijo, sí; todo está para ser consumido; incluso los hombres, para comernos unos a otros.

COMPRADOR TERCERO.- Oiga, el que usted esté, como parece, mal de la cabeza, no le autoriza a volvernos locos a los demás. Sus opiniones sobre la vida, sobre los hombres y todas esas zarandajas, a nosotros nos traen sin cuidado. Aquí se trata, ni más ni menos, de encontrar una salida y de que nos digan, de forma clara y concreta, con cuanto nos piensan indemnizar; de lo contrario todo este asunto se verá en los tribunales y... No creo que sea una publicidad muy adecuada para este comercio, ¿verdad?

(Durante unos segundos se oyen las poleas del ascensor que sube.)

¡Funciona! ¡Ya está funcionando!

ASCENSORISTA.- Siempre funcionó; sólo estuvo parado unos minutos, aunque a algunos les parecieran horas... incluso años... y fue como si se hubiera parado el mundo. (**Pausa.**) Alguien viene a reunirse con nosotros, ¡por fin se han decidido!

UNA MUJER.- No creo que haya más gente, serán los dos jóvenes que estaban en la planta de arriba.

(Todos se acercan al ascensor y miran hacia arriba como esperando ver quién baja en él. EL EJECUTIVO y el TRABAJADOR se levantan lentamente del suelo y se acercan al grupo.)

EL EJECUTIVO.- ¿Qué hora es?

TRABAJADOR.- Poco falta para las nueve... ¡parece que se acabó esta maldita pesadilla!

EL EJECUTIVO.- ¿Es que hay más gente?

ASCENSORISTA.- No sabemos, el ascensor ha subido... eso es que alguien lo llamó; ahora veremos quién baja, pero deben ser los dos jóvenes que estaban aquí antes.

(Nuevamente se oyen las poleas del ascensor. En todos hay gestos de alegría y curiosidad.)

COMPRADOR PRIMERO.- ¡Deben venir a liberarnos!

ASCENSORISTA.- ¡Qué tonterías! Esto no es un secuestro.

COMPRADOR SEGUNDO.- ¡Pues lo parece!

(Cesa el ruido de las poleas y por el fondo aparece UN JOVEN, UNA JOVEN y el DIRECTOR, este último vestido con el uniforme del ASCENSORISTA.)

DIRECTOR.- **(Dirigiéndose a todos con voz temblorosa.)** Perdonen, señores, lo ocurrido; fue un fallo mío, creo; al manejar el ascensor toqué inadvertidamente una palanca de emergencia y, sin saber cómo, se produjo la avería que nos ha tenido encerrados.

ASCENSORISTA.- **(Aparte, con asombro.)** ¡Es el director!

COMPRADOR TERCERO.- ¡El ascensorista..., y aparece ahora! Su obligación era estar aquí desde el principio.

UN JOVEN.- **(Aparte, al ASCENSORISTA.)** No es el director, es el ascensorista..., ¿no ve el uniforme?

ASCENSORISTA.- **(Aparte.)** Es el director, lo conozco; lo vi alguna vez... en una fiesta de Navidad o de Año Nuevo. ¡Dios mío, si ve que he ocupado su puesto!

DIRECTOR.- (Al ASCENSORISTA.) Perdona, señor director; fue una avería imprevisible, no sé cómo toqué esa palanca y... Yo comprendo la responsabilidad que tiene usted ahora con toda esta gente...

ASCENSORISTA.- (Confuso.) Ya lo solucionaremos.

DIRECTOR.- Yo lo comprendo, yo también fui...

ASCENSORISTA.- ¿Qué fue?

DIRECTOR.- Fui... director alguna vez.

ASCENSORISTA.- ¿Cuándo?

DIRECTOR.- (Temeroso.) No debí decirlo..., le ruego que me disculpe; fue sólo un sueño.

ASCENSORISTA.- No lo comprendo.

UNA JOVEN.- Está claro; él también soñó, él también tiene, ha tenido, sus ilusiones y... lo dice, eso es todo. ¿Quién no ha soñado alguna vez?

TRABAJADOR.- Yo... estando aquí, (Señalando el lugar donde estuvo durmiendo.) soñé que volaba a Alemania..., (Por EL EJECUTIVO.) y el que tiene que tomar el avión es éste.

EL EJECUTIVO.- Yo he preferido olvidar el sueño, no era lo bastante agradable como para retenerlo.

(Suena un reloj que da nueve campanadas. En todos hay un gesto de sorpresa, menos en el ASCENSORISTA que, triste, se acerca al proscenio.)

ASCENSORISTA.- Esto se va acabando.

UNA JOVEN.- Pronto se abrirán las puertas.

UN JOVEN.- Ya queda menos.

ASCENSORISTA.- (Se vuelve de espaldas al público.) Cuando descansen, por favor, pasen a medio día por mi despacho; resolveremos de la mejor forma posible la cuestión de las indemnizaciones. No habrá que ir a los tribunales; el nombre de esta compañía está por encima de cualquier mezquindad económica.

DIRECTOR.- Yo quisiera... (Al ASCENSORISTA.) pedirle unos días de permiso. No me encuentro muy bien y me convendría descansar; unas breves vacaciones..., si es posible.

ASCENSORISTA.- (Al DIRECTOR.) Muy bien; mañana... bueno hoy, resolveremos también su sustitución provisional.

(Se oye un ruido de puertas metálicas que se abren. La escena se ilumina con más intensidad. Todos se vuelven a la vez hacia el público, donde se supone que están las puertas.)

COMPRADOR PRIMERO.- ¡Ya está abierto!

COMPRADOR SEGUNDO.- ¡Ya podemos salir!

COMPRADOR TERCERO.- ¡Y entrar!

COMPRADOR PRIMERO.- Pues ya que han abierto y estamos dentro..., ¡vamos a ver si compramos algo!

COMPRADOR SEGUNDO.- ¡Eso!

COMPRADOR TERCERO.- ¡Vamos, vamos! Pero no en el ascensor.

(COMPRADOR PRIMERO, COMPRADOR SEGUNDO y COMPRADOR TERCERO salen riendo por un lateral.)

TRABAJADOR.- Me marchó, voy a desayunar..., ¡que buena falta hace! y... luego vendré a seguir con mi trabajo. (Al EL EJECUTIVO.) ¿Se viene?

EL EJECUTIVO.- Sí, le acompaño a tomar café. (Al ASCENSORISTA.) Cuando regrese de mi viaje vendré a su despacho y... hablaremos.

ASCENSORISTA.- Adiós, ¡y buen viaje!

(TRABAJADOR y EL EJECUTIVO bajan del proscenio y salen por el patio de butacas.)

UNA MUJER.- (Al ASCENSORISTA.) Yo... no me quisiera ir; en el fondo esto ha sido... una experiencia interesante, casi agradable,

(El DIRECTOR se retira lentamente y va al ascensor dispuesto a iniciar el trabajo de ascensorista.)

he aprendido que todas las puertas no están cerradas... aunque lo parezca; es cuestión de esperar y... ¡hasta éstas se abren! **(Baja del escenario y sale por el patio de butacas.)**

UN JOVEN.- (A UNA JOVEN.) Bueno..., ¿y nosotros qué hacemos?

UNA JOVEN.- Pues... no sé. El amanecer es duro, el sol hace daño a la vista; nos toca esperar otra vez, volver a lo mismo. Aquí, en la puerta de los almacenes... a la entrada de este mundo tan reducido, a donde las multinacionales no traen la esperanza, **(Se va acercando a un lateral del escenario, en el proscenio, y cuando llega se sienta con un gesto de desilusión.)** seguiremos como siempre... con nuestras ilusiones a flor de piel.

UN JOVEN.- **(Va al lado opuesto de UNA JOVEN, se apoya en la pared y enciende un cigarrillo.)** Continuaremos alimentándonos de ilusión, jugando a poner el mundo patas arriba... volveremos a intentar cambiar las cosas de sitio... que por lo menos la habitación parezca diferente.

ASCENSORISTA.- **(Mirando a un lado y a otro.)** Me he quedado solo. Sí, **(Señalando a las puertas por donde se supone que la gente ya está entrando a los almacenes.)** toda esa gente que está ahí; los que vienen a mirar, los que acuden a comprar, los que llenan las plantas, los que esperan cada día que se abra para comprarlo todo... los que centran sus ilusiones en poder consumir... pero yo... me he quedado solo... con mis sueños de director. Hasta que otro día alguien, inadvertidamente, toque una palanca, bloquee el ascensor, corte el fluido eléctrico ¡y el mundo parezca diferente! **(Se va retirando muy lentamente hasta el ascensor y entra en él.)** Aunque en el fondo todo siga igual... Si lo ponemos patas arriba, ¡vuelve a caer de pie, como estaba! **(Al DIRECTOR.)** Buenos días.

DIRECTOR.- Buenos días, ¿a su despacho?

ASCENSORISTA.- **(Dudando.)** ¡Vamos arriba! ¡Hasta el final!

(Se oyen de nuevo las poleas del ascensor. En un brevísimo oscuro salen de escena ASCENSORISTA y DIRECTOR. Vuelve una luz más intensa y se oye el ruido de la gente que ocupa los almacenes, pero la escena está vacía. Entre tanto, se deja oír una grabación que dice:)

GRABACIÓN.- «En atención a nuestros amables clientes, ofrecemos, en las primeras horas de la mañana, una selección de música para hacer más agradable su estancia entre nosotros».

(Entra una grabación de música clásica mientras lentamente cae el telón.)